

AÑO V • NÚMERO XX • 2009



# VALLE DE LOS CUERVOS

(CUENTO)

## EDITORIAL

Desde principios del año 2005 a la fecha, hace ya poco más de cuatro años, un grupo de amigos nos propusimos rescatar el acervo documental histórico del Archivo Municipal de Los Ramones, con la intención de preservar lo poco (o mucho) conservado y de ser posible investigar nuestras raíces, costumbres y tradiciones para difundirlas y compartir así el tesoro de todos, que de muchos habría de ser ya olvidado y de muchos más desconocido. Fue así como surgió la idea de publicar esta Gaceta Histórico-Cultural "El Sembrador" que fue posible gracias al apoyo de las Administraciones Municipales, el Consejo Estatal para el Desarrollo de la Cultura y las Artes (CONARTE) y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA).

Con el vigésimo número terminamos la primera etapa de este proyecto que sabemos esta inconcluso, pero como buenos sembradores estaremos a la espera de tiempos mejores para descolgar las herramientas a seguir adelante.

Queremos agradecer todos los comentarios recibidos, que dicha sea la verdad, siempre fueron alentadores y se conservan imborrables en nuestra memoria; en particular agradecemos a todos aquellos que colaboraron con sus artículos, que compartieron con nosotros sus ideas y a los que ayudaron en la difusión y reparto de los "libritos" (nombre con los que la gente nos distinguió), que ya con esta última edición serán 20 mil ejemplares repartidos en forma gratuita y muchos otros más difundidos por medios electrónicos a muchas partes del mundo. Seguramente muchos se conservaran como recuerdo en los hogares de Ramonenses, servirán de consulta y así el objetivo de nuestro propósito será cumplido.

De manera conjunta a "El Sembrador" publicamos la Guía Turística- Cultural de Los Ramones y un Video Documental cuyos PDFs se conservan en el Archivo Histórico y a disposición de quien los necesite


pudiendo enviarlos a través de correos electrónicos o de forma convencional; tenemos y seguimos elaborando e investigando materiales para editar crónicas históricas y pequeños reportajes de ciudadanos distinguidos, celebridades y mucho más material que de la misma forma tenemos el propósito de difundir; seguiremos esperando su correspondencia misma que será muy tomada en cuenta.

En este último número quisimos darle un enfoque distinto como prueba, haciendo llegar a ustedes un cuento donde la fantasía y la realidad presentes en nuestra muy particular forma de vida "campea" y crear para el entretenimiento y el desarrollo de la capacidad imaginativa un espacio para el ejercicio de la lectura que esperamos sea de su agrado.

**Dr. Jacinto Antonio Alanís  
García  
Director del Archivo Histórico**

## Agradecemos sus comentarios

[drchinto\\_deallande@hotmail.com](mailto:drchinto_deallande@hotmail.com) ó [archivolosramones@hotmail.com](mailto:archivolosramones@hotmail.com)




**El Sembrador**

EL SEMBRADOR ES UNA PUBLICACIÓN COLECCIONABLE DE CARÁCTER HISTÓRICO-CULTURAL.

PRESIDENTE HONORARIO: C.P. AMADEO RAMÍREZ RAMÍREZ  
DIRECTOR GENERAL Y EDITORIAL: DR. JACINTO ANTONIO ALANÍS

COLABORADORES: ERIKA MARLEN OCHOA RODRIGUEZ, MARY CRUZ GARZA PEÑA, JOSÉ JUAN CABELLO GARCÍA, MAESTROS Y ALUMNOS DEL CECyTE, LOS RAMONES



## VALLE DE LOS CUERVOS

**Elaborado por: Dr.  
Jacinto Antonio Alanís  
García**

Como no viene al caso decir su nombre y por respeto a su memoria, solo les diré que en un rancho alejado vivía aquel anciano centenario, solo, con su soledad y sus recuerdos, entre ruinas de casas abandonadas y jacaes medio caídos, grandes corrales con cercos de leña ya casi podridos, carretas viejas color de madera enmohecida y polvo que en remolinos se elevaba al cielo como minúsculos tornados haciendo girar hojas y cañamaices secas, cruzando de esquina a esquina la placeta, una y otra vez, como marcando a cada rato los dominios de algún espíritu o alma en pena.

Se oía el chirriar de algunas láminas sueltas de los viejos tejados o ruidos sordos que arrancaba el viento a los canales que en un tiempo sirvieran para abastecer de agua de lluvia al aljibe, ahora cuarteado por la resequedad, misma que también se acumulaba en la cercana represa que antes fuera oasis de vida y ahora tan solo un vaso poblado de huisaches rabisecos y espinosos.

De no fijarse ni te dabas cuenta, pero no volaban

pájaros, ni mariposas, ni algún insecto; tampoco corrían sobre el suelo árido y pedregoso lagartijas o camaleones, mucho menos ratas, ratones o conejos.

Varias veces lo visite en aquel rancho; la primera vez en el afán de presentar mis servicios como médico o por la curiosidad de conocer todos los vericuetos de área de mi servicio social preguntando aquí y allá donde más vivía gente; indiferentes sus vecinos mas próximos que distaban a más de 15 kilómetros y casi como diciéndome que no valía la pena visitarlo o más bien que no debía ir, fue que supe como llegar a ese rancho, que en un tiempo fue cabeza de hacienda con escuela y cerca de 100 habitantes.

No batallamos para entablar una plática amena, pareciera que ya me estaba esperando o si ya me conociera; si yo hubiera

conocido a mi abuelo seguramente así fué.

Me pidió que cada vez que yo quisiera fuera a visitarlo y que aún que no tuviera ningún achaque físico, su soledad necesitaba de atención y seguramente yo podía hacer mucho por él.

Pasaron algunos años después de terminar mi servicio social y radicado ya como médico rural, un día, al paso de aquellos caminos polvorientos, un hombre (de aspecto un tanto raro) salido como de entre la tierra, marcándome el “alto” con su brazo derecho levantado pero inmóvil, en un llano sin una sombra; cubierto por un sombrero sumido hasta las orejas, de palma roído, y ennegrecido por el sudor y el polvo, con sus ojos negros hundidos en los cajetes de su cara huesuda, con bigotes y barbas descuidadas y sucias, hizo que me detuviera un tanto asustado y antes de





que yo dijera palabra alguna solo dijo: "Debes ir a visitar al viejo".

Como no pude verlo a la cara quizás por lo poco agradable de su aspecto ó por algo de miedo que sentí al recorrer la adrenalina en la sangre de mis arterias, al mismo tiempo que percibí como se erizaban los pelos de mi cogote, para cuando volví a darme valor para volver a verlo... ya no estaba, solo alcancé a sentir un remolino suave de aire caliente que movió mis cabellos.

Según yo ni el diablo me asustaba, después de un rato recapacité y me di cuenta que lo experimentado fue como una premonición; no fue miedo, sino un presentimiento que sin mas explicaciones supe de quién se trataba, como esas veces que estás en un lugar o ante un suceso que sientes como que ya lo habías vivido y que los psicólogos le dicen "deja vu".

así daba paso sin oponer resistencia. Al fin llegué y respiré aquella atmósfera sombría cargada de soledad, con el mismo aspecto de la última vez como si no hubiera pasado el tiempo.

Llegué hasta la puerta de la casa, que abierta me permitió ver hacia la única habitación que la formaba, al mismo tiempo que saludé: ¡Buenos Días!...

¡Pásele!..contestó, a la vez que hacía el intento de enderezarse de un camastro situado en el rincón, con una silla en la cabecera donde se encontraba un vaso con agua y una pequeña botella de cuello largo de vidrio color verde.

Me acerqué a él saludándolo de mano, que con ella extendida a la vez me invitaba a sentarme aproximando otro asiento donde poner el maletín que llevaba...i que bueno que vino!- dijo-, ¿ como supo que

ansiaba verlo?...

No le dije de la premonición que tuve el día anterior, solo que mi visita era de nuevo casual para ver como estaba de salud y porque tenía ganas de verlo.

Con voz muy clara me dijo: Que bueno que vino, tengo mucho tiempo de estarlo esperando, yo estoy sano, no tengo ninguna enfermedad, nada mas muy viejo y solo... muy solo, tan solo que ni la muerte ha venido a visitarme y se me ha puesto que debo confesar a alguien un secreto, que como pecado, en el mismo, he llevado la penitencia. Creo que no hay peor pena que vivir solo; se murió mi esposa que como fiel compañera compartió conmigo su vida por mas de 50 años; mis hijos crecieron y se fueron a hacer sus vidas en pueblos lejanos, les di todo lo que necesitaron hasta que, como los pajaritos volaron del nido y sin voltear p' atrás aletearon hasta que seguramente no supieron como regresar; mis peones fieles que heredaron de sus padres la abnegación y entrega a su trabajo, se murieron en la raya, a cambio de casa, comida y escuela p' a sus hijos que como los míos vieron mas lejos, tan lejos que tuvieron otras ilusiones y tras de ellas se perdieron la mayoría sin volver jamás, si alguno regreso a ver como se morían de viejos y achacosos sus padres, o si

acaso, vinieron a enterrarlos junto con su pasado, la lacra de la esclavitud dada por el hambre y la ignorancia, que sus padres hicieron suya porque siempre así había sido.

Esos, mis peones fueron mártires de la causa justa y natural por la que todos los padres dan su vida para que sus hijos sean libres, su muerte valió la pena y muertos descansan ya; ¿pero yo?

Dichoso aquel que cierre su ciclo de vida con su muerte, y mas dichoso el que realiza todos sus proyectos y cumple con su cometido en esta tierra. Bendita la muerte que le pone un "hasta aquí" al tiempo, que seguramente hay un Dios que nos da como oportunidad para cumplir con la misión encomendada; esa misión que nadie te dice y debes buscar desde el principio de la vida y que muchos se mueren sin siquiera saber cual era, perdidos en distracciones al buscar su fin en el fin de otros que también están perdidos, engañados por la costumbre ambiciosa y egoísta de ser el mas poderoso, el mas fuerte, el "sabelotodo" o el número uno de lo que sea.

Esa es una parte del pecado por el que pago esta larga penitencia, mi ambición por ser grande y poderoso, mi deseo de

una larga vida para poder cumplir todos mis anhelos.

Verá usted -me dijo- perdí a mis padres siendo un chamaco y me crié prácticamente solo,

lo mas hondo de mi cabeza sus carcajadas burlescas salidas de sus pelones dientes y el brillo como rojas brazas de mezquite, en el fondo de los cajetes de sus



vagando de un rancho a otro, trabajando para que me dieran de comer y durmiendo en cualquier rincón; cuando cumplí, serían como 18 o 20 años -porque no se ni cuando nació- se vino lo de la Revolución y me fui en la bola, a veces en gavias de rebeldes y cuando me vi apretado también anduve de soldado; maldecí a la muerte desde que el hambre y el frío pareciera matarme allá en mi infancia y mil veces mas luché contra la misma muerte, viéndola cara a cara en el campo de batalla y sintiendo en algunas heridas de bala los sablazos de su fría guadaña, grabando en

ojos. Cuando se terminó la bola ya me reconocían por mi valentía, muy pocos de los que la comenzamos la vimos terminar; a cambio de ello, el General del que me hice amigo y me estimaba porque varias veces le salvé la vida, me dijo: -"ora sí compadre, a vivir la vida, que la muerte ya no nos hizo nada"-, por lo pronto me reía pero adentro de mi sentí el estremecimiento del miedo a ella.

Continuó platicándome con apasionamiento y lucidez: El General agarró como cinco mil hectáreas en pago a los servicios prestados

durante la guerra y con su ayuda, me cedieron a mi todo el “Valle de los Cuervos” que así es como se le llamaba a estos rumbos, donde en efecto, allá por las cañadas esos pájaros anidan durante todo el año y en ocasiones se levantan como nubes negras cubriendo la luz del sol, cual si fuera la amenaza de un huracán, que en lugar de relámpagos y truenos avisa con ensordecedores “graznidos” dejando después de pasar, el silencio sepulcral de los panteones.

Aquí me vine a hacer mi rancho; junto con mi mujer que había sido siempre mi soldadera, era como todas esas mujeres que seguro ha visto usted en las fotografías de la revolución, así era ella, también como yo, sin pasado, ni que contar de padres o hermanos, solo

sabíamos de sobrevivir como animalitos, comiendo, velándonos el sueño para descansar uno o el otro y peleando siempre contra la chingada muerte.

Con nosotros se vinieron otros siete de los compañeros fieles, con sus soldaderas también, algunos ya con una o dos crías. Lo único que sabían era obedecerme, por eso no quisieron hacer su propia vida, nacieron de esclavos y solo eso sabían hacer y como yo les prometí que conmigo nada les faltaría, como nunca les había faltado pues me siguieron.

Como siempre, el principio fue muy cruel; se nos morían los animales, se perdían las cosechas, se enfermaban mis peones, sus mujeres y sus hijos y otra vez la guerra sin tregua contra

la muerte; pero hubo una que no pude soportar. Mi mujer dio a luz a mi primer hijo, hermoso, rozagante como el mismísimo Niño Dios de los nacimientos, irradiando luz y bendición, tanto que hasta los graznidos de los cuervos dejaron de escucharse y cambiaron por trinos de cenizales y calandras, las noches borrascosas se cambiaron a plateadas noches de brillante luna y millones de estrellas encendidas.

Aquel gusto y felicidad nos duró muy poco, apenas si se olvidaba de mi mente la desdicha y el afán por sobrevivir, cuando de la nada comenzó a enfermarse nuestro primogénito; aquella luz que parecía iluminaría las sendas de nuestras vidas, comenzó a apagarse, doctores y mas doctores, remedios caseros, curanderos y toda cuanto lucha usted se imagina fueron en vano; un día se apagó aquella lucecita, el angelito cerró sus ojos y con el enmudecimiento de su corazón, una estaca sentí que comenzó a traspasar mi pecho, un nudo ahogaba mi garganta y una lumbre recorría mis venas hasta brotar en mis ojos chorros de lágrimas ardientes que quemaban la piel por donde pasaban. Mi mujer y yo lloramos a grito abierto y nuestros lamentos resonaron como ecos por todo el lomerío,



lamentos resonaron como ecos por todo el lomerío, los animales del monte huyeron desparavidos al escuchar nuestro dolor y en aquel enloquecimiento.... ¡maldije el nombre de Dios....!

Los desorbitados ojos de mi mujer me miraron con intenso temor, como si hubiera visto al diablo reflejado en mí; debí estar al rojo vivo como el fierro entre el carbón atizado de una fragua, echando chispas con blasfémicos ademanes entre palabras de reclamos al Creador, por lo que yo sentía como injusticia.

De repente el cielo se nubló y comenzó a llover con un alluvia de lágrimas serenas como aquellos aguaceros temporales de septiembre, sin relámpagos ni truenos, solo chorros de gotas de agua en un murmullo como el que se escucha cuando las mujeres se juntan a rezar el rosario y en voz baja dicen los “padrenuestros” y “avemarías” unos detrás de otros entre una y otra letanía.

En esa maldita locura y ahora con un sentimiento de suciedad en el espíritu, en medio de aquel aguacero salí pa’ la placeta dejando a mi mujer arrodillada junto al cuerpo de mi hijo y pidiéndole a Dios perdón por mis blasfemias; la lluvia caía en mi espalda y “chillaba” como cuando cae sobre un comal caliente

evaporándose sin mojarse; mi cuerpo seguramente poseído por el mismo diablo se fue enfriando por aquella agua que como bendita del cielo pudo apagar me y echármelo pa’ fuera.

Desperté al día siguiente al lastimarme la luz del sol sobre mis ojos aún cerrados; ahí estaba hecho un guiñapo, enlodado, rota la ropa y con mil arañazos y espinadas en todo mi adolorido cuerpo, como si me hubieran arrastrado “a cabeza de silla” por todo el monte; estaba perdido, no podía reconocer hasta donde había llegado en mi locura, es más, no sabía si todavía estaba loco... cuando recordé que la muerte me había quitado a mi hijo, recordé también a mi esposa arrodillada llorando y volvió a mi memoria como un vértigo el recuerdo de la maldición dicha y con ella el sentimiento de culpa y vacío que queda en el cuerpo, cuando se pierde el alma.

Poco a poco se me fue quitando lo norteadado y me ubiqué mejor cuando vi las copas de los árboles cubiertas de pájaros negros, que todos a un mismo tiempo no dejaban de mirarme. Estaba en “La cañada de los Cuervos” misma que le daba el nombre a todo el Valle y que nunca había tenido la oportunidad de explorar hasta ahora que en mi locura perdí el rumbo y ahí estaban cientos de esos

cuervos, todos parados en las cumbres de los árboles más altos, en silencio, nomás viéndome todo derrotado.

Mire doctorcito, -me dijo- de todo lo que le he contado, estoy seguro que usted no duda que haya sido cierto y en efecto así lo fue, pero eso no es todo, lo que sigue usted creará que aún es parte de mi desvarío, pero le juro que así como me arrepentí mil veces de haber renegado de la voluntad de Dios y confío haber sido perdonado por su bondad, no tenga duda que es verdad y muy cierto lo que le seguiré contando: Cualquier movimiento me costaba mucho esfuerzo y despertaba un gran dolor que por nada superaba el dolor interno y la impotencia que sentía por la muerte de mi hijo, el solo recordarlo hacía que de inmediato mis ojos se nublaran de lágrimas que brotaban como gotas de sangre de la carne viva y el latir de mi corazón parecía apagarse; estando así en esa cruel agonía, de repente, de entre los miles de cuervos que me miraban con ojos melancólicos un tanto comprensivos, uno que parecía el más grande, emitió un graznido y se elevó entre aletazos intensos, haciendo con sus alas secos tronidos al pegarlos sobre su cuerpo; sobrevoló alrededor de mi tres veces, ante la mirada atenta de todos los demás cuervos,



como comunicándoles algo y descendió casi verticalmente posándose muy cerca de mí.

Como si lo hubiera oído, sentí que me decía: *“Somos emisarios de la muerte, que del destino de todos es su fin, por Dios fuimos creados aunque los vivos crean que la muerte es ruin; así como consideran, que la vida es un don y después de haber pecado siempre esperan el perdón, no maldigan a la muerte, que morir también de Dios es un favor.”*

La sorpresa de escuchar al cuervo hablar me sobresaltó tanto, que de no ser porque estaba agónico, seguro hubiera arrancado despavorido; había escuchado en pláticas de leyendas de gentes que yo juzgaba como incautos, que así como los cotorros,

también los cuervos se enseñaban a hablar o a repetir palabras, pero escuchar el “dicho” que se aventó aquel pajarraco de forma tan coordinada y diciendo aquella verdad un tanto poética como un “salmo apocalíptico”, era lo que despertaba en mí un espantoso miedo a aquella visión que creía diabólica.

Allí tirado, “tullido” por el dolor y el miedo, pensé que a la mejor ya estaba muerto y en el mismísimo infierno, porque no era pa’ menos lo que sentía; tantas veces que había librado la muerte que el dolor de perder a mi hijo seguro había sido mi derrota y como decía el cuervo, por fin Dios me recogió, pero por haberlo maldecido seguro me mandó al infierno y seguramente así debía de ser, aunque parecía tan real

que si cuando muerto es como cuando se está vivo. Dichoso el que se vaya al cielo, que sentir lo que yo sentía era en verdad un cruel tormento, que el considerar que lo merecía solo eso me hacía fuerte para soportarlo y así vivir en aquel suplicio.

Fíjese doctor -me siguió contando- cual no sería mi acobardamiento que con el poco aire que quedaba en mis pulmones como “quejido” salió de mi garganta un... ¡Perdón!, ¡Perdón Padre Santo!, ¡ya no me atormentes, es que he sufrido tanto! -dije como para justificarme- y en eso, como cuando le aplauden a un político cuando dice su discurso, se escuchó tremendo aplauso que no era más que los aleteos de toda aquella inmensidad de cuervos que emprendían su vuelo, nublando el cielo con su negra sombra, eclipsando el sol y ensombreciendo todo el valle por donde se fueron volando.

Se fueron todos menos aquel que frente de mí se había posado y al que creía haber escuchado hablar. El sobresalto hizo que me enderezara un poco recargándome sobre el tronco seco de lo que fue un árbol, débil y sin aliento escuché de nuevo decir al ave: *“Te puedo conceder la gracia de ser un inmortal, diciéndote como te digo que podrás vivir en paz. Cuando algo atormente a tu alma,*





*esto deberás rezar”:  
“Como Dios creó la  
muerte,  
y un cuervo me dio la  
gracia,  
que no sea mi mala  
suerte,*

*hoy caer en su desgracia”  
“Y así como lo pronuncies  
haz con tu mano de recha  
una cruz en el aire hacia los  
cuatro puntos cardinales,  
empezando siempre por  
donde el sol se mete y  
dejando al último por donde  
la aurora anuncia el día”,  
y terminó diciendo: “El día  
que reveles este secreto,  
prepara tu mortaja que  
antes de tres días morirás”.*

Un destello como relámpago en pleno día, cegó mis ojos de por sí entrecerrados y cuando apenas si pude ver, el cuervo había desaparecido y sentía yo en el cuerpo como si la vida me volviera y de haber estado agónico, desaparecieron mis dolencias, solo quedaba lo

maltrecho de mis ropas y lo aturcido de la mente, por ser testigo de algo que aún en mi ignorancia nunca lo hubiera creído.

Emprendí mi viaje de regreso -me siguió contando- mas por inercia que de manera conciente y al tan solo caminar unos cuantos cientos de metros fui encontrado por algunos de mis peones que habían salido en mi búsqueda... “¡Patrón!, ¡Patrón!, ¡Pós donde se mete!” me dijeron con cara de preocupación, - “mire que si no ha sido porque volaron los cuervos no hubiéramos dado con usted”-.

No les dije nada, solo me limité a seguir caminando rumbo al rancho y ellos me siguieron murmurando entre si no se que cosas; llegamos al rancho y mi mujer salió a mi encuentro, nos abrazamos y lloramos en silencio un rato, rodeados por los

peones y sus familias, todos cabizbajos acompañándonos con nuestra tristeza. Sobre una mesa yacía en una caja de madera forrada con papeles y trapos de color, el cuerpecito de mi hijo entre muchas flores silvestres... yo solo dije “que sea por Dios” y consolé a mi mujer que al sentirme de regreso y sano, debe haber aminorado un poco su pena.

Absorto en el relato del anciano, seguía los detalles de su narración lúcida y coherente, en momentos quebrada por el recuerdo y en ratos pensando por que a mí me confesaba eso, si había vivido tanto, porque no había buscado a un sacerdote o a su esposa, o a sus hijos o a sus peones; recordaba como fue que lo conocí y bajo que circunstancias estaba de nuevo en su casa; ¿cual iba a ser mi receta para curar su enfermedad? Y en ese momento distraído por mis dudas recapacité y seguí atendiendo su relato:

Mire -me dijo- pa´no alargarle más la plática, una vez me mordió una víbora de cascabel como de metro y medio y no me pasó nada; otra vez separando dos toros que se peleaban, me agarraron en medio a cornadas y revolcadas y no me pasó nada; otra vez, saqué de la presa a tres chamacos que se andaban ahogando y a mi no me pasó

nada; así sería de interminable la lista de veces, ya hasta de adrede toreaba yo a la muerte seguro que no me iba a pasar nada -“nomás me aventaba el rezo y hacía las cruces”- que me dijo el cuervo.

Pero...nunca se me ocurrió medir la magnitud de mi pecado, ir en contra de la naturaleza es ir en contra de Dios y lo que yo creía un don era más bien mi desgracia: Mientras que yo vivía, veía morir a todos los que me rodeaban; nada me cansaba, nada me dolía, ya nada me entristecía. Mis hijos y los hijos de los peones no quisieron morirse aquí como todos se morían; como si la sangre se les fuera acabando seca por el sol y la pérdida de tanto sudor de su piel encallecida; algunas veces regresaron -como le dije antes- mis hijos a velar y sepultar a su madre y los hijos de los peones a enterrarlos a ellos, tan envejecidos como yo pero con la gran diferencia de que por mí ni una gota de esa roja vida corre por mis venas, sino el negro espíritu color del cuervo que me concedió esta desgracia.

Perdóneme doctorcito -me dijo- ya le confesé mi pena, ya descargue mi conciencia con usted que no tiene vela en este entierro, pero no tengo amigos

porque la gente me teme, pues bien han notado como desafié al destino tantas veces sin pasarme nada, han de creer que soy brujo cuando en realidad soy un condenado... un condenado a penar en vida y en ella misma sufrir el purgatorio de mi codicia al querer tenerlo todo, aún en contra de la voluntad divina. Ahora ya no tengo nada como al principio, solo el recuerdo de esta larga penitencia y el último eslabón de esa cadena, lo único que me quedaba, lo único que tenía, se lo he contado a usted, este que era mi secreto, el tesoro que me hacía más poderoso que cualquiera.

T e r m i n ó diciéndome: “Vale más vivir lo suficientemente

poco para immortalizarse en un recuerdo, que vivir una eternidad olvidado de todos”; ya tengo lista mi mortaja y una fosa cavada en la Cañada de Los Cuervos donde antes de 72 horas estaré por fin frente a mi destino; en este papel esta la forma de localizar a mis familiares, por lo que le pido como última voluntad a usted como único conocedor de mi pena y porque sé que puedo confiar en su persona como desde el primer día que lo conocí, hacerles saber que solo espero vengan a tapar de tierra mi sepulcro.

Algo me asilenció durante tanto rato que de mí no hubo opinión ni en contra, ni voz de consuelo ni afán de persuasión, ni ademán, ni gesto; comprendí





mi función de confesor y tome muy en serio la comisión de conceder la última voluntad de aquel viejo.

Platiqué un rato más queriendo hacerle ver la posibilidad de que todo podría ser tan solo una sugestión, pero si así lo hubiere sido y mi sugerencia fuera tomada en cuenta, tan solo habría servido para prolongar mas la agonía de aquella vida que comenzaba a apagarse a causa de la soledad. No insistí.

De regreso notifiqué a sus familiares, quienes extrañados no podían creer que el anciano estuviera a punto de morir y me prometieron venir a verlo al día siguiente.

Después de dos o tres días fui visitado por los familiares que arrepentidos de haber dejado en la soledad y el olvido a su padre y abuelo regresaban de sepultarlo allá en la Cañada y extrañados platicaron que al bajar el féretro a la fosa sin saber como o de dónde, salió volando un cuervo muy negro y grande con estruendosos aleteos que después de sobrevolar emitiendo fuertes graznidos se unió a una gran parvada que salió de lo mas espeso de la cañada eclipsando la luz del sol por algún momento, hasta desaparecer en el horizonte. Algunas veces al andar por aquellos lugares, diviso aquel rancho

abandonado con su placeta, donde los remolinos de aire campean moviendo hojas y cañamaíces secas, como espíritus en pena que me saludan contorneándose con rítmicos vaivenes que antes de provocar miedo, más bien transmiten la paz y tranquilidad que ahora debe gozar aquel anciano que vivió en su soledad martirizado por la creencia que un cuervo le había enseñado una oración para ser inmortal, que yo no me atrevo a repetirla no vaya a ser cierto que al tercer día morirás.

## FIN

**Los Ramones  
Nuevo León,  
Febrero del 2009**

# Archivo Histórico Municipal



**¡Muchas gracias!**